3 1761 06780182 9

Gonzales Hompanera, José
Cosas que vuelven

PQ
6613
O57C68

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/cosasquevuelvenc00gonz

LIBRARY
JUN 26 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

JOSÉ GONZALEZ HOMPANERA

Y

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ

COSAS QUE VUELVEN

PQ
6613
O57C68

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ACTO PRIMERO

Habitación suntuosa. Al fondo, terraza, que se supone da a un jardín. Puertas laterales

DOÑA VIRTUDES y PANTALEÓN

La primera es una vieja inflexible y rígida. El segundo, un pobre anciano, con la humildad de un antiguo servidor

VIRT.—Es necesario poner coto a estos abusos. Todos los días estamos pagando indemnizaciones por los atropellos del coche. Hoy se trata, según me dicen (*Viendo un papel*), de un pomerania cruzado en fox-terrier..., cuatrocientas pesetas. Pantaleón..., cuatrocientas... Esto es un verdadero desastre. (*Pausa.*) Hay que despedir a Pedro.

PANT.—Perdón, señora. Yo no me atrevo. Lleva treinta años en la casa. Además, ya sabe usted que lo protege la señorita Elena. Y a propósito de la señorita. Su esposo sigue renunciando a la pensión.

VIRT.—Y ¿cómo vive ese caballero, que tan generoso es?

PANT.—Creo que de sus escritos. Todos los meses, siguiendo las órdenes de la señora, me presento en su casa con el dinero. Y nunca quiere recibirme ni recibirlo. El hombre está muy ocupado en cosas ajenas para que le importe nada de los de ustedes. (*Con misterio.*) Tiene una amante y se ha batido por ella... Lea usted. En el periódico viene. (*Le da uno que lleva cuidadosamente guardado.*) ¿Quiere algo más la señora? Voy a seguir trabajando. (*Mutis por la izquierda. Queda doña Virtudes leyendo el periódico.*)

VIRT.—(*Leyendo.*) "Ha quedado honrosamente zanjado el lance concertado entre los conocidos escritores don Juan Méndez y don Luis Millán. El primero resultó ileso. El segundo, levemente herido. Los motivos de este lance han sido

las discrepancias de ambos críticos al apreciar la labor de la graciosa tiple Raquel Martínez." ¡Qué abominación! (*Elena, por la derecha.*)

VIRT.—(*Viéndola.*) Tenemos que hablar, Elena.

ELENA.—¿Sucede algo?

VIRT.—Es del réprobo... de tu marido.

ELENA.—(*Con emoción.*) ¿De Juan?

VIRT.—Sí. De Juan. Lee. (*Le da el periódico. Pausa, durante lo que se supone que lee aquélla.*)

VIRT.—¿Has visto impudicia igual? Habla... Di algo.

ELENA.—(*Absorta.*) El primero resultó ileso. Dios me escucha y lo protege.

VIRT.—Y ese hombre no piensa en su hija. Comprende que no se la merece. En todo el tiempo que lleváis separados no lo ha tenido para interesarse por Mercedes.

ELENA.—¡Dios quiera que sea más feliz que yo y tenga más energía para resistir!

VIRT.—¿Qué dices? ¡Estaría bueno que te creyeras culpable de lo sucedido entre Juan y tú!

ELENA.—Ni culpable ni víctima. No creo, ni quiero nada más sino que Mercedes sea feliz y buena y desconozca la equívoca situación de sus padres.

VIRT.—Bien podía ese hombre haberse ido de España. Cada vez que Mercedes me pregunta por él me veo más comprometida.

ELENA.—Lo doloroso es que no tendremos más remedio que decírselo y que llegará el momento en que lo sabrá.

VIRT.—Quisiera comunicarte mis energías. No me explico tu sumisión en lo que se relaciona con tu marido; ese hombre que no trajo a esta casa más que disgustos. Por supuesto, bien lo merecí yo por no oponerme resueltamente a que te unieras a él, que siempre fué un incrédulo, un demagogo, un envilecido.

ELENA.—¿No conseguiste ya que nos separásemos?

VIRT.—Sí. Lo conseguí, afortunadamente. Pero para nuestra felicidad hace falta más. A pesar de mis ideas religiosas creo que se impone el divorcio. Que si no, llegaría el día en que reclame a la niña. Y entonces...

ELENA.—Entonces verás si tengo energías o no para defender a mi hija. (*Se oye la voz de Mercedes, que llega.*)

ELENA.—Calla. (*Entra la aludida.*)

MERC.—(*Besando a las dos.*) Abuelita... Mamá... (*Deja el sombrero sobre la mesa.*) ¿He tardado mucho? Es que me aturdo y no me acuerdo de regresar. Soy muy feliz aquí con vosotras, en mi verdadera casa, fuera de aquel colegio extranjero donde todo me era extraño y desconocido. No me falta más sino que papá regrese pronto para no dejarlo en paz y exhibirlo llena de orgullo. (*Pausa.*) ¿Calláis?... ¿Por qué?... (*Pausa. Con melancolía.*) Es muy triste esto de tener padre y no conocerlo, de echarlo de menos a todas horas y no verlo nunca. (*Pausa.*) ¿Dónde está ahora?

VIRT.—¿Ahora?... ¿Que dónde está ahora? Pues en América. ¿No es verdad, Elena?

ELENA.—Sí. Está en América.

MERC.—En América... Pero ¿en qué punto? Porque América es muy grande y allí hay muchos pueblos, muchas ciudades. ¿En dónde está papá? ¿En qué punto de América está papá?

VIRT.—En... en... en Oceanía. No preguntes más.

MERC.—¡En Oceanía!... ¿Estás segura?... ¿En América y en Oceanía?... (*Pausa.*)

VIRT.—¿Sabes que me siento enferma?

ELENA.—Y yo.

MERC.—No cambiéis de conversación. Siempre que hablo de papá no me dejáis seguir. Y yo tengo derecho a saber dónde está mi padre, quién es, de qué vive, cómo es..., y lo he de saber.

ELENA.—Calla, Mercedes. No te dejes llevar de esa imaginación tan exaltada que tienes. Tu padre está viajando.

MERC.—Pero ¿no escribe nunca? Cuando estaba en el colegio, al final de las cartas me decíais: "Tu padre manda muchos besos para ti." A veces me enviábais regalos que decíais que eran suyos. Pero desde que estoy aquí no he visto ninguna carta de mi padre. Retratos, tampoco. Y créete, mamá, que esto me hace pensar en cosas disparatadas y horribles.

ELENA.—¿Por qué, hija mía? Tu padre está viajando.

MERC.—¿Y no escribe nunca?

VIRT.—(*Con acritud.*) No tiene tiempo. (*Pausa.*) Hoy vendrá a saludarnos tu primo Enrique. Dios le llama al recto camino del sacerdocio y yo le costeo los estudios. Y no es porque le falte el mal ejemplo. Su padre se opone a que sea cura. Querrá que sea como él, hombre pagano y gentílico.

MERC.—¡El tío Pedro pagano y... eso que has dicho!... ¡Pobrecillo!... El otro día, cuando estuve a verle con mamá, me enterneció. Daba lástima ver al pobre tan solo y tan desgraciado.

VIRT.—No lo conoces bien. En la familia, a no ser por tu primo, no sé lo que sería de la virtud de nuestra raza. Tú no eres mala; pero tu primo es mejor.

MERC.—Tienes razón. Yo he sido siempre muy traviesa. ¡Cuántos disgustos he dado a las buenas monjas que me educaron! Pero, en cambio, lloraban mucho el día que me despedí de ellas. Las pobres me tenían cariño.

CRIADO.—(*Anunciando.*) El sobrino de la señora.

(*Por la izquierda entra Enrique. Es apocado, tímido y grotescamente cómico. Viste traje negro, cuya americana es cruzada y larga. No puede negar que es seminarista.*)

ENRIQUE.—Buenos días. ¿Cómo estás, abuelita? ¿Y usted, tía Elena? (*Haciendo una reverencia.*) Señorita...

VIRT.—Es tu prima Merceditas. ¿No la conoces? (*A Mercedes.*) Mira a tu primo.

MERC.—Primo...

ENRIQUE.—Ha crecido usted mucho, prima.

MERC.—Y usted también, primo. Parece usted un hombre. Si tuviera usted bigote lo parecería más.

ELENA.—¿Por qué no os tuteáis? Eso de usted y usted no está bien.

ENRIQUE.—Tiene usted razón. Pero es que yo soy tan timidísimo...

MERC.—Siempre lo fuiste. ¿Te acuerdas de los malos ratos que te di cuando éramos niños? Tenías una melena que invitaba a tirarte de los pelos. Me ocurría con ella lo que con aquel velocípedo que tenías. De un empellón, ¡zas!, al suelo. Era muy traviesa. Y tú, muy acusón. Por nada ya estabas diciendo a mamá (*Remedándole.*): "Que Mercedes me ha pegado." ¡Qué antipático eras!...

ENRIQUE.—Justicia que me haces, prima.

ELENA.—¿No te sientas?

ENRIQUE.—Sí. (*Pausa.*) No sé qué hacer en los días de vacaciones. ¡Me aburro más! Por eso he venido aquí. (*Mercedes ríe ruidosamente. Doña Virtudes tose. Elena llama la atención de su hija. Y Enrique no advierte nada.*)

VIRT.—¿Y en tu casa?

ENRIQUE.—Como siempre. Allí no ocurre nunca nada. Papá, como de costumbre, dedicado a la Arqueología y a la Heráldica. Está escribiendo un grueso volumen para proponer a la Academia que se cambie el calificativo a doña Juana la loca y se le llame doña Juana la neurasténica, que es más científico. Conmigo está muy disgustado porque no soy numismático.

MERC.—Es muy bueno. Y, además, un sabio...

ENRIQUE.—Sí. Pero a mí me gustaría que fuera como tu padre y que escribiese novelas y comedias...

MERC.—¿Cómo mi padre?

ENRIQUE.—Sí... Por cierto que ayer lo vi...

MERC.—¿Ayer?... Mamá..., ¿qué quiere decir esto?

ELENA.—Tu primo está equivocado.

ENRIQUE.—¿Yo equivocado?

VIRT.—Equivocadísimo. (Imprudente.) (*Cogiendo a Mercedes del brazo.*) Acompáñame al jardín...

ENRIQUE.—(No comprendo nada.)

MERC.—¡Mi padre!... (*Yendo con doña Virtudes.*) ¡Mi padre! (*Pasando junto a Enrique.*) No te vayas. Quiero hablarte. (*En el mutis.*) ¡Mi padre!... (*Mutis.*)

ELENA.—¡Imprudente!... ¿Has podido olvidar?...

ENRIQUE.—¿Que si he podido olvidar?... ¿El qué?

ELENA.—La situación de tu tío y yo...

ENRIQUE.—Pero ¿todavía siguen ustedes así?... ¡Ay, tía Elena!... Perdóneme usted... Ya sabe que he vivido siempre fuera de casa, que fuera de ella me he criado sin tener relación con la familia... El único que podía decirme lo que sucedía era mi padre, y ya lo conoce usted. (*Pausa.*) Ya comprendo lo que me dijo el tío Juan y al pronto no entendí.

ELENA.—(*Con interés.*) ¿Hablaste con él?

ENRIQUE.—Sí. Poco tiempo. Le pregunté por ustedes. No me contestó al pronto. Se quedó pensativo unos instantes. Y luego, tristemente, dijo: "A mí no debes preguntarme por la tía Elena, sino a ella por mí..."

ELENA.—¿Te dijo eso?...

ENRIQUE.—Después añadió, más tristemente aún, que iba a emprender un viaje y que deseaba un retrato de Mercedes. Me sorprendió verlo tan abatido, tan preocupado, tan viejo... ¡Pobre tío Juan!

ELENA.—Te ruego que no hables del asunto hasta que yo no te lo diga. El tío Juan debe estar en América para Mercedes.

ENRIQUE.—Es que vivir como ustedes, desavenidos y separados, es altamente pecaminoso. Porque, como dijo San Pablo...

ELENA.—(*Como pensando en voz alta.*) Mamá Virtudes tenía razón. Hoy quiere un retrato, mañana tal vez quiera llevarse a la niña... Voy a verla. A procurar tranquilizarla. (*Mutis.*)

ENRIQUE.—Pues, señor... Soy el único para las visitas. Me parece que me han dejado solo.

MERC.—(*Por la izquierda, con sigilo.*) ¿Estás solo?

ENRIQUE.—Creo que sí.

MERC.—(*Penetrando.*) No perdamos tiempo...

ENRIQUE.—¿Que no?...

MERC.—Quiero que me descubras el secreto que aquí me guardan todos

ENRIQUE.—¿Qué secreto?

MERC.—El de mi padre. Tú lo viste ayer; luego no está en América, como aquí me decían mi madre y mamá Virtudes.

ENRIQUE.—Creí verle, pero me equivoqué. No me cabe duda. A veces sufre uno alucinaciones, cree ver cosas que no se ven. Neurastenia, prima, neurastenia y un poco de hipocondría.

MERC.—(*Haciendo señas negativas.*) No..., no.

ENRIQUE.—Sí..., sí.

MERC.—Primo... Acuérdate del velocípedo y de las veces que te he tirado de los pelos.

ENRIQUE.—Prima, mira que me estás ofendiendo con esas dolorosas evocaciones.

MERC.—Por la memoria de tu madre te suplico...

ENRIQUE.—¿Qué?

MERC.—Que me digas dónde está mi padre.

ENRIQUE.—Mercedes...

MERC.—A ti te han encargado que seas cómplice de esta farsa. Y una mentira en este momento sería espantosa.

ENRIQUE.—(*Después de una pausa.*) Tienes razón. Te diré lo que sé.

MERC.—¡Qué bueno eres! (*Abrazándolo.*) ¡Qué bueno!...

ENRIQUE.—Libidinosidades, no.

MERC.—(*Volviendo a abrazarlo.*) ¡Qué bueno eres!

ENRIQUE.—Tu padre está en Madrid. Hace años se separó de tu madre, porque mamá Virtudes no lo quería. Tu padre, como el mío, es hombre independiente. No se resignó a vivir sujeto a la abuela. Eso es todo lo que sé... Es decir, ayer hablé con él. Me dijo que iba a emprender un viaje y que deseaba un retrato tuyo.

MERC.—¡Un retrato mío! Entonces me quiere...

ENRIQUE.—Se lo he dicho a tu madre. ¿Y sabes lo que ha respondido?

MERC.—¿Qué?

ENRIQUE.—Una cosa vituperabilísima. Que se impone entre ellos el divorcio.

MERC.—¡Divorciarse mis padres! ¡Nunca!

ENRIQUE.—El divorcio es un pecado completamente mortal.

MERC.—Yo necesito ver a mi padre. Reconciliarle con mamá. Se lo pediré de rodillas, lloraré, amenazaré, suplicaré; todo menos consentir eso que has dicho...

ENRIQUE.—Sí; pero para reconciliarse necesitan verse, hablarse. ¿Y qué medio hay para conseguirlo?

MERC.—No lo sé. Pero he de hallarlo. ¿Dónde vive?

ENRIQUE.—Tengo su tarjeta. (*Le da una.*) Toma.

MERC.—(*Leyéndola.*) Bien. (*La guarda después de besarla.*)

ENRIQUE.—(*Después de una pausa en que parece meditar.*) Mira, prima. Yo, como sabes, para la numismática soy completamente obtuso; pero para urdir planes atrevidos soy un Julio Verne. Creo que tengo la solución de este problema. (*Pausa.*) ¿Tienes novio?... ¿Quieres a algún muchacho?

MERC.—(*Ruborosa.*) No.

ENRIQUE.—¡Qué contrariedad!

MERC.—Es que todavía es muy pronto...

ENRIQUE.—No, prima... ¡Caramba!... ¿En qué habrás estado pensando? (*Pausa.*) Ya ves: si tuvieras novio se solucionaba todo.

MERC.—¿Qué quieres decir?

ENRIQUE.—¿No me has entendido? Creí que eras más discreta. (*Pausa.*) Si tuvieras novio, te casarías. Tus padres tendrían que estar juntos, aunque no fuera más que el día de la boda... Viéndote cerca del tálamo, se talamizarían ellos. Y... y... después de talamizados... ¿para qué decirte?... Luego, los niños, los nietecillos, los chiquitines de dorados cabellos y caras encarnadas... Pero ¿a qué chica se le ocurre no tener novio?...

MERC.—¡Qué cosas dices!... ¡Qué bonitas son!... No eres tan tonto como pareces. (*Pausa.*) Creo que he hallado un novio.

ENRIQUE.—¿Sí?

MERC.—Sí.

ENRIQUE.—¿Quién es?

MERC.—Tú...

ENRIQUE.—¿Yo?

MERC.—Sí.

ENRIQUE.—Eso es imposible.

MERC.—No hay otro remedio.

ENRIQUE.—Mi carrera.

MERC.—(*Abrazándolo.*) Primo... primo... Enriquín. ¿Es que no te agrado?... ¿Tan fea soy que no sirvo para ser tu novia?...

ENRIQUE.—Mi vocación me lleva al camino de la virtud y la castidad.

MERC.—¿Y quién te dice lo contrario?

ENRIQUE.—¡Vaya una pregunta!...

MERC.—¿Y por salvar dos almas?... ¿Y por evitar que mis padres se divorcien?... No tienes más remedio que ser mi novio... Pasados estos días nos peleamos. Pero ahora eres mi novio.

ENRIQUE.—¿Y si Dios nos castiga y tenemos que casarnos? Saldría yo perjudicado, porque en estas cosas pierde siempre uno.

MERC.—Si nos castigaba, nos resignábamos, y en paz. No es el primero que dejó la carrera de la Iglesia para casarse...

ENRIQUE.—El pecado es tan antiguo como el hombre... Ya lo dijo el Santo...

MERC.—(*Llorando. Impaciente.*) No es por eso. Es que conspiras en contra mía... Es que deseas que mis padres se condenen... Vete de aquí. Te execro... te aborrezco.

ENRIQUE.—No llores... Merceditas... no llores.

MERC.—Sí; lloraré... gritaré... me negaré a comer... me dejaré morir... sí... me suicidaré. Y por las noches... por las noches... ¡uf! te saldrá mi sombra.

ENRIQUE.—(*Enternecido.*) No llores, prima, no llores... Mira que me da mucha pena verte así... No sabes lo que sufro viéndote llorar... No lo sabes...

MERC.—(*Sin dejar de llorar.*) Sí... mucho... sufres mucho... Si sufrieras de verdad... si tuvieras compasión de mí, me ayudarías a reconciliar a mis padres, evitarías que siguieran separados, serías mi novio por unos días... Y luego...

ENRIQUE.—¿Qué?...

MERC.—Luego les diríamos la verdad. Les pediríamos perdón. Y ellos, en nombre de Dios, que es tan bueno, nos lo concederían...

ENRIQUE.—(*Tras una pausa.*) En nombre de Dios que es tan bueno... una mentira piadosa... En nombre de Dios... Sea... El ve por lo que lo hago.

MERC.—Gracias, Enrique, gracias. Eres un santo. (*Abrazándolo.*) Deja que te dé otro abrazo.

ENRIQUE.—(*Apartándola.*) Seremos novios *sub conditione;* pero liviandades, no.

MERC.—(*Llena de júbilo.*) ¡Qué feliz soy!... ¿Y tú?

ENRIQUE.—¿Yo?... Siento una melancolía... Será quizás la tristeza que acompaña siempre a la mentira. Será quizás también porque no he conocido a mi madre, y esa ternura me enternece... prima.

MERC.—(*Acariciándolo.*) Primo...

ENRIQUE.—¡Qué lástima que no seas mi hermanita para tenerte siempre conmigo!... Dame un abrazo. (*Mercedes obedece.*) ¿Este abrazo es de hermanos?

MERC.—No, de primos.

(*Se oye la voz de Elena que llega por el fondo.*)

ELENA.—(*Dentro.*) Cuando esté el coche, que avisen.

MERC.—(*A Enrique.*) Prepárate para pedirle mi mano. (*Entra Elena.*)

ELENA.—(¡Juntos!) Supongo que habrás dicho a Mercedes que estabas equivocado en lo de su padre.

MERC.—No... no hemos tenido tiempo.

ENRIQUE.—No... no hemos podido hablar del tío Juan.

MERC.—Hemos hablado de otras cosas...

ENRIQUE.—De otras cosas...

MERC.—De intimidades...

ENRIQUE.—De intimidades...

MERC.—Y de amores...

ENRIQUE.—(¡Jesús, María Purísima!) Y de amores...

ELENA.—¿Queréis explicaros para que os entienda?

MERC.—(*A Enrique.*) Habla.

ENRIQUE.—(*Muy turbado.*) Mire usted, tía Elena... Es la cuestión, que siendo la cuestión de Mercedes y mía una cuestión altamente seria...

ELENA.—No te entiendo.

MERC.—Mira, mamá. Te lo diré en dos palabras.

ENRIQUE.—(*Limpiándose la frente.*) Eso es lo mejor. Que lo diga ella.

MERC.—Verás. Mi primo... Es mi primo... Enrique... es Enrique... Y...

ELENA.—¿Eh?

ENRIQUE.—Ya ve usted... Enrique es Enrique. ¿Qué le parece?

MERC.—Ya ha oído usted. Como Enrique es Enrique...

ENRIQUE.—Dilo... dilo...

MERC.—Que estamos enamorados... Nos queremos... y deseamos casarnos...

ELENA.—¿Casaros?... ¿Qué broma es esa?

MERC.—¿Broma? Habla, Enrique.

ENRIQUE.—El día no está para festividades. Es verdad.

ELENA.—¿Qué tú estás enamorado de mi hija?

MERC.—Con delirio... con... con frenesí... con locura...

ELENA.—¿Y ella te quiere?

MERC.—No lo puedo remediar.

ENRIQUE.—¿Lo ha oído usted? No lo puede remediar. Hay cosas que no se pueden remediar, y ésta es una de ellas.

ELENA.—¿Y cómo os ha entrado ese amor tan de repente?

ENRIQUE.—Ya lo ve usted. Como entran esas cosas. Sin poderlo remediar.

MERC.—(*Interrumpiéndole.*) Hace mucho tiempo que nos amamos. Hemos estado escribiéndonos diariamente sin que nadie lo supiera.

ELENA.—¿Como, si no os veíais?

MERC.—Por eso nos escribíamos.

ENRIQUE.—Como no nos veíamos...

ELENA.—¿Y cómo has elegido la carrera eclesiástica si querías a Mercedes?

ENRIQUE.—Eso es... ¿Cómo elegí la carrera? (*A Mercedes.*) ¿Cómo?

MERC.—Para despistar. Y al mismo tiempo para ver si yo me conservaba fiel...

ELENA.—¿Pero es cierto que le amas?

MERC.—Más que a mi vida. Y él... él...

ENRIQUE.—¿Yo?... (*A Mercedes.*) Habla.

MERC.—Como que ha jurado matarse, levantarse la tapa de los sesos si no se casa conmigo... Y como él se suicide, yo me suicido también. (*Llorando.*) No puedo vivir sin él.

ENRIQUE.—(*Gimiendo.*) Si no me mato...

MERC—Sí... Di que sí... Di que me lo has dicho... Di que te quieres matar...

ENRIQUE.—Sí... Me mato, si no me caso con ella... Eso es... Me mato.

ELENA.—Comprended que esas cosas no se pueden hacer así. Que hay que dejar pasar el tiempo...

MERC.—Nosotros no podemos esperar. Tenemos mucha prisa.

ELENA.—¿Y tu carrera?...

MERC.—La deja. Cuelga los hábitos.

ELENA.—¿Y tu padre?

ENRIQUE.—Se alegrará mucho... mucho.

ELENA.—Se lo diré a mamá Virtudes. Lo consultaré con ella.

MERC.—¿Con mamá Virtudes?... Diría que no. Y Enrique se mataría y yo me moriría... Porque debe usted figurarse lo que sería del pobre Enrique.

ENRIQUE.—Figúreselo usted.

MERC.—(*Suplicante.*) Mamá.

ENRIQUE.—(*Lo mismo.*) Tía.

ELENA.—¿Buscáis mi complicidad?

MERC.—No; tu amor...

ELENA.—¿Os queréis de corazón?... Sed felices, hijos míos.

MERC.—Gracias... gracias... Soy muy dichosa... Y Enrique también. (*Pellizcándolo.*) Di que eres muy feliz.

ENRIQUE.—(*Paseándose muy de prisa.*) Muy feliz, muy feliz... más feliz que Abraham y Rebeca...

MERC.—(*Deteniéndolo.*) Basta. Ahora vas a pedir mi mano a mi padre...

ELENA.—¿A tu padre?

MERC.—Sí. A mi padre. ¿Te parece mal?

ELENA.—¿Le has dicho?

ENRIQUE.—Tía Elena...

MERC.—No podía engañar a su prometida. Entre novios no puede haber secretos.

ELENA.—(*Sentándose.*) Dios mío... Dios mío.

MERC.—Vé. (*Sale a despedirlo.*) Y a ver si lo haces mejor que aquí.

ENRIQUE.—Oyéndote he aprendido mucho. (*En el mutis.*) Que Dios me perdone. (*Mutis después de abrazarse.*)

MERC.—(*Corre hacia su madre.*) Mamá... ¿Acaso no te alegra de la dicha de tu hija?...

ELENA.—(*Llorando.*) Hija mía.

MERC.—(*Acariciándola.*) Me guardabais ese triste secreto. Tarde o temprano había de saberlo. Más vale que haya sido ahora. ¿Por qué no me dijiste antes la verdad? Tenía derecho a saberla y tú obligación de comunicármela.

ELENA.—Eramos dos niños cuando nos casamos. Me uní a él en contra

de la voluntad de mamá Virtudes, que siempre lo consideró como a un extraño que venía a quitarle el cariño de su hija. Yo, débil, quise unirlos. No pude lograrlo. Y sufría, lloraba en silencio; era la víctima de aquella lucha doméstica de que hay tantos ejemplos en la vida. Cuando tú naciste me consagré a ti como si fueras algo que venía del cielo a consolarme de mis tristezas. Tu padre no amaba la casa. Sus ausencias, cada vez más prolongadas, las aprovechó mamá Virtudes para exasperarme. Yo era una niña. Escuché su voz, que al fin y al cabo era la de mi madre. Y cuando llegó el momento en que tu padre me planteó el dilema de quedar aquí sin él o seguirle a donde él me condujera, fuí cobarde, quizá mala, y opté por lo primero...

MERC.—¿Y desde entonces?

ELENA.—De vez en cuando me escribe preguntándome por ti... El sigue

su vida. Yo ni esa dicha puedo tener, porque mi vida no ha sido nunca mía, ha sido de mi madre, tuya; pero nunca mía, y por no serlo, tampoco pudo ser de tu padre, de mi marido...

MERC.—(*Abatida.*) Tenías razón. Era mejor que yo no hubiera conocido nunca esto. Porque desde hoy, ¿cómo podré ser feliz? (*Pausa.*) Es necesario que os reconciliéis.

ELENA.—No escuché a mi corazón cuando debía. Ahora ya es tarde.

MERC.—¿Pero a lo menos tendrás que hablar con él para lo de mi boda? No voy a ir sola a la iglesia viviendo mi padre. Sería un funesto augurio para mi felicidad.

(*Entra un Criado por la izquierda.*)

CRIADO.—(*Dirigiéndose a Elena.*) Esta carta acaban de traer para la señora. (*Se retira.*)

ELENA.—(*Rasgando el sobre.*) No es suya.

MERC.—(*Con desilusión.*) ¿No?

ELENA.—Es de tu tío Pedro. (*Leyendo.*) "Juan me da el enojoso encargo de pedirte un retrato de vuestra hija, de esa encantadora enemiga del orden, que el otro día me revolvió todos mis apuntes sobre la pobre doña Juana la neurasténica. Conque ya lo sabes. Mándale el retrato directamente que yo no entiendo de vuestras cosas.—*Pedro.*" (*Pausa.*)

MERC.—Ya lo sabes. Hay que mandarle un retrato mío. Y escribirle pidiéndole permiso para que pueda casarme. (*Toca el timbre. Llega el Criado. A éste.*) Recado de escribir. (*Llega el Criado y pone en la mesa recado de escribir. A su madre.*) Escribe. (*Leyendo por encima del hombro de Elena.*) "Muy señor mío: Queriendo casarse su hija de usted le pido su correspondiente permiso." ¿Y vas a enviarle eso?... (*Coge la carta y la rompe.*) No... Sigue siempre lo que tu corazón te dicte, y más en lo que se relaciona con nuestra felicidad. (*Elena se pone a escribir. Leyendo lo que escribe aquélla.*) "Juan: Nuestra única hija quiere casarse. Necesito su consejo para evitar que sea tan infeliz como su madre." (*Cogiendo la carta.*) Gracias, gracias, madre mía. (*Se pone el sombrero.*)

(*Llega un Criado por el fondo.*)

CRIADO.—El coche está, señorita.

MERC.—En seguida voy.

ELENA.—¿Tú? ¿Que vas a salir tú?... ¿Dónde vas?...

MERC.—A casa de mi padre... Quiere mi retrato. Creo que le gustará más el original.

ELENA.—Mercedes.

MERC.—Me llama y voy.

ELENA.—¿Y yo?

MERC.—No tengas miedo de que te abandone. Que si la felicidad no llegara para ti, juntas estaremos siempre para llorar abrazadas, juntas y solas...

ELENA.—(*Abrazándola. Sollozante.*) Hija de mi alma... (*Por la izquierda doña Virtudes.*)

VIRT.—¿Dónde te has metido?... (*Viéndola vestida.*) ¿Vas a salir?

MERC.—Sí.

VIRT.—¿Sola?

MERC.—Me acompañará María.

VIRT.—¿Dónde vas?

MERC.—A casa de mi padre.

VIRT.—¿De tu pa...? ¿Del réprobo, del envilecido, del irredento?...

MERC.—A casa de mi padre...

VIRT.—(*A Elena.*) ¿Es posible? ¿Y la dejas ir?...

ELENA.—Que se haga la voluntad de Dios.

VIRT.—¿Y tú sabes si la casa de ese hombre puede ser visitada por una mujer digna?

MERC.—No voy como mujer, voy como hija.

VIRT.—Considera que hay espectáculos y ejemplos que no debe contemplar una niña como tú.

MERC.—(*Iniciando el mutis.*) El sol baja a todas partes y en ningún sitio se mancha. (*Mutis por el fondo.*)

VIRT.—(*Viéndola desaparecer.*) Es la raza, la raza rebelde que se subleva contra el bien. Es la hija del incrédulo y el atormentado...

ELENA.—(*En un desmayo inefable de su cuerpo y de su alma.*) Es el amor, el amor que va como los ángeles, llenando de alegría las almas que desfallecen..

(*Telón.*)

ACTO SEGUNDO

En casa de don Juan de Méndez. Despacho desordenado y modesto. Mesa de escritorio a la izquierda. En las sillas libros y papeles. Puertas laterales. Un balcón al fondo. En la mesa, y en lugar visible, un gran retrato de mujer. En las paredes se ven numerosas fotografías.

EMILIO.—Tenía que pedirte perdón por el abuso que contigo he cometido.

JUAN.—¿Conmigo?

EMILIO.—Ha sido con motivo de una aventura algo delicada. ¡La vida, Juan! Se trata de una muchacha llena de escrúpulos y romanticismos, que, accediendo a mis súplicas, se ha decidido a ir a mi casa. (*Pausa.*) ¿No comprendes lo que quiero decirle? Se ha decidido a ir a mi casa; pero como allí no puedo recibirla por mi hermana, he dado la dirección de ésta como si yo viviera aquí contigo. A Raquel se lo dije anoche. Le hizo mucha gracia. Y me contestó que si venía a tiempo comería con nosotros... ¿Qué me dices tú?

JUAN.—¿Yo?... Que hagas lo que quieras... (*Con melancólica ironía.*) Ya sabéis que esta casa es una colmena adorable.

EMILIO.—Gracias. Ya me lo suponía yo. (*Pausa.*) ¿Sabes que ayer volví a ver a tu mujer? Cada día está más guapa.

JUAN.—Calla... Te suplico que no vuelvas a nombrar a esa señora relacionándola con nosotros.

EMILIO.—Perdona, chico... Lo dije...

JUAN.—¿Y tu padre?

EMILIO.—Mal. Sigue en Alicante. No levantará cabeza. A vuestra edad no se puede vivir con tanto desorden. (*Pausa.*) Ya lo sabes. A seguida vuelvo. Voy a la oficina. Doy una excusa, y a vivir. (*Iniciando el mutis.*) No vayas a seducirla, ¿eh?... Es una rubia bestial... Una mujer estupenda, una chica brutal. (*Mutis.*)

JUAN.—(*Disponiéndose a escribir. Leyendo lo escrito anteriormente.*) "Gobiernos anticonstitucionales. Tiempos de dictadura los actuales, ofrecen las características distintivas de los de su clase. Aherrojado el pensamiento, cautiva la voluntad nacional, perseguida la democracia. (*Se oyen las voces de una mujer que llega gritando: "Me voy, me voy". Entra Enriqueta, como un huracán, por la derecha.*)

ENRIQUETA.—Me voy de la casa... Se ha terminado... Sí, señor. No estoy aquí ni un momeno más...

JUAN.—(*Cruzando los brazos.*) ¡Bueno!... ¡Bueno!...

ENR.—Ahora mismo dejo la casa... Ahora mismo. ¿Cree usted que estoy aquí para que dejen en la cocina que se queme la carne, y cuando regañe se burlen de mí?... No, señor... ¿Qué dirán de mí los señoritos que aquí comen hoy? ¿Qué dirá de mí la señorita Raquel?... O usted pone remedio en lo de la cocina, o yo, Enriqueta Trastamala, me voy de aquí...

JUAN.—(*Con exaltación creciente.*) Enriqueta... Enriqueta del demonio, ¿queréis entre todos que me suicide?

ENR.—Yo no quiro eso; pero sí que se me respete. Y ya lo he dicho: o usted pone remedio en lo de la cocina, o me voy de aquí. Y entonces a ver quién le hace las empanadas como yo...

JUAN.—Basta... Dejadme tranquilo... Que incendien la casa y nos quemen a todos; pero dejadme tranquilo.

ENR.—(*Compungida.*) Eso es... No falta más que eso: que usted dé la razón a las muchachas para que se rían de mí. Y la culpa la tengo yo: sí, señor; yo, por tomarme este interés por usted... Pero escarmentaré. Y si le roban, bien; y si le engañan, mejor; y si le queman el arroz, que lo quemen grano a grano; sí, señor, grano a grano. Y si por los granos ponen en ridículo al señorito, me cruzaré de brazos...

JUAN.—Bueno... Vete... Cállate...

ENR.—Pero...

JUAN.—Que te vayas.

ENR.—(*Llorando. En el mutis.*) Y para esto llevo veinte años haciendo unas tartas tan ricas... (*Mutis.*)

JUAN.—(*Quiere seguir escribiendo, pero arroja bruscamente la pluma.*) No... No hay manera de escribir nada... Denunciarían el periódico... ¡Cuántas veces depende el orden público de la irascibilidad de una cocinera. (*Por la derecha, tímido, asustado, Enrique.*)

ENRIQUE.—¿Se puede?... Buenos días, tío Juan.

JUAN.—¡Enrique!... ¿Le ocurre algo a tu padre? ¿No? Me tranquilizo

ENR.—¿Cómo está usted?... ¿Bien?... Yo estoy regular.

JUAN.—Siéntate y habla... (*Enrique obedece.*) Ajajá. ¿Qué quieres?

ENR.—(*Con voz quejumbrosa.*) Una cosa horrible, tío Juan.

JUAN.—¿Qué?... ¿Dinero?... ¿Has jugado?... ¿No?... ¿Alguna calaverada?... ¿Un tropiezo sentimental y el amor que pasa y se enreda en los flecos de su mantón?.,. ¿Tampoco?... Pues hijo...

ENR.—Es una cosa horrible, tío; el océano de horrible

JUAN.—¡Tú dirás!

ENR.—Quiero casarme.

JUAN.—¿Tú?... ¿Casarte?... Bien... ¿Y a mí qué?

ENR.—¿Cómo es eso de que a usted qué?

JUAN.—Claro. Eso se lo cuentas a tu padre.

ENR.—Conformes. Pero figúrese usted que me han dicho que se lo diga a usted. ¿Qué sucede? ¿Qué pasa? Vamos a ver. Además hay que tener mucho cuidado antes de hacer objeciones; porque el amor, tío Juan, es un silogismo y la lógica es mi fuerte.

JUAN.—¿No querías ser sacerdote?

ENR.—Sí... Es decir, quería; pero ya no. A quien quiero ahora es a una muchacha cuyo nombre empieza con M.

JUAN.—¿Con M?... Bueno: Margarita... ¿Qué más?

ENR.—(*Picaresco.*) No, señor.

JUAN.—Lo que sea. María, Matilde, Mariana, Micaela...

ENR.—¡Micaela!... No, señor... Es Mercedes... Se llama Mercedes...

JUAN.—¡Con que es Mercedes!... Bien... Mercedes... ¿Y qué?

ENR.—Que vengo a pedir a usted su mano.

JUAN.—¿A mí?... ¿Es mi hija?...

ENR.—(*Resguardando la cabeza con la mano.*) Sí, señor... Su hija.

JUAN.—Tú no estás en tu juicio.

ENR.—No, señor; digo, sí, señor. Su hija y yo estamos muy enamorados. Ella no puede vivir sin mí, según le ha dicho a su madre, y yo no puedo vivir sin ella según me ha dicho ella que yo le diga a usted.

JUAN.—¡Bah! Os equivocáis, os engañáis. No os queréis. Tomáis por amor lo que sólo es impaciencia.

ENR.—No, señor. Nosotros sabemos lo que hacemos.

JUAN.—¡Qué vais a saber!

ENR.—¡Que no!... ¡Ay, tío Juan!... Como se lo diga va a ser la consternación y el ultraje. Usted no conoce el genio de Mercedes.

JUAN.—¡Si no me niego! Es que todavía es muy pronto.

ENR.—¡Qué va a ser pronto! Tenemos mucha prisa.

JUAN.—¡Pero si sois dos chicos!

ENR.—¡Cuidadito!... Mercedes es una mujer muy guapa...

JUAN.—¡Una mujer!...

ENR.—Sí, señor.

JUAN.—Bueno. Lo que sea; pero criada en aquel ambiente habrá crecido desmedrada, raquítica. (*Enternecido.*) ¡Pobre hija mía! A veces tengo remordimientos por no ocuparme de ella. Pero ¿qué iba a hacer a mi lado la pobre niña?... Además, ella creerá todo lo que le han dicho de mí; me creerá un monstruo...

ENR.—No, señor... Ella ha creído hasta hoy que estaba usted en América.

JUAN.—Menos mal. (*Pausa.*) Han respetado su corazón. Pero todavía... todavía... Es mucho el odio que me tiene mamá Virtudes...

ENR.—Ha cambiado notablemente. Ya no es la de antes. La pobre es una ruina.

JUAN.—No conoces a mamá Virtudes. Hizo imposible mi felicidad, amargó la de tus padres. Por su culpa vivo como vivo...

ENR.—¿Y es usted ahora más feliz que entonces?

JUAN.—(*Tras una pausa.*) No me doy cuenta. La vida para los que como yo la rompieron es un paréntesis abierto entre el estupor y la indiferencia... Ya ves: he vuelto a los tiempos estudiantiles. Esta casa es una colmena.

ENR.—¿Una colmena?...

JUAN.—En el Seminario no sabéis lo que es eso. Es el desorden elevado a la categoría de dogma... No se sufre más que a los criados que te roban, pero te dejan vivir.

ENR.—¡Vamos! Una casa sin mujeres.

JUAN.—Sin mujer. En singular. Sin mujer. (*Con vivacidad y aturdimiento.*) Hoy comerás con nosotros y me hablarás de mi hija.

ENR.—Es que no sé lo que serán las comidas de su colmena.

JUAN.—No te valen excusas. (*Entra el Criado por la izquierda.*)

CRIADO.—Del periódico llaman al señorito al teléfono.

JUAN.—Bien. Espérame. (*Sale izquierda.*)

ENR.—(*Después de pasear por la estancia, curiosear las fotografías de las paredes, examina el retrato que hay en la mesa, cuya dedicatoria lee.*) "A Juan: Raquel." (*Pausa.*) Raquel... Estamos en plena colmenaritis. (*Entra Felisa lujosamente vestida.*)

ENR.—(*Sin verla.*) Raquel... Raquel...

FEL.—¿No está Juan?

ENR.—¿Eh?... ¿Cómo?... Raquel...

FEL.—¿Si no está Juan?

ENR.—En seguida viene. Ha ido al teléfono. Tenga usted la bondad de sentarse. (*Felisa obedece. Lo hace con desenfado. Enrique, viéndola, dice:*) ¡Otra abejita!

FEL.—(*Examinándole.*) Es raro que yo no conozca a usted.

ENR.—Para mí es una desgracia. Pero soy Enrique. Enrique: el sobrino de don Juan.

FEL.—¿Es usted sobrino de Juan?

ENR.—Sí, señora. Sobrino de ese... de ese... de Juanito.

FEL.—Es muy simpático su tío de usted.

ENR.—¡Ah! Sí. Juanito es encantador.

FEL.—Juanito es un chico muy... muy... muy...

ENR.—Sí... Juanito es un chico muy aplicado. (Adiós.)

FEL.—¿Se burla usted?...

ENR.—¿Yo?... No suelo ser irónico. Es que me acordé del colegio y del Juanito.

FEL.—Me alarmé porque en el ambiente en que vivo yo son todos tan burlones... Ya ve usted, por reirse se ríen hasta de nuestras lágrimas cuando alguna de nosotras tiene la desgracia, la inocencia o la debilidad de llorar...

ENR.—Hombres sin religión deben de ser.

FEL.—No. Tenen un religión, la suya: la de la frivolidad. Se ríen de todo quizá para no llorar. Son como aquellos que cuando gritan se tapan los oídos y creen que nadie los escuche porque ellos no se oyen.

ENR.—¡Anda! Pues una vez que hice yo eso en el Seminario me encerraron en el calabozo.

FEL.—¿Sí? ¡Pobrecito!

ENRIQUE.—Ya ve usted si es malo eso de gritar y taparse los oídos.

FEL.—Ya, ya... Según eso, ¿usted estudia para sacerdote?

ENRIQUE.—Sí, señora; estudio. Pero es fácil que me case.

FEL.—¡Jesús!

ENRIQUE.—A mi tío se lo acabo de decir y me ha contestado que es una locura.

FEL.—¡Claro! ¿No ve usted que son incompatibles ambos estados?

ENRIQUE.—Sí, señora. Pero como todo será una broma...

FEL.—¡Vaya unas bromas que gasta el seminarista!

ENRIQUE.—No crea usted que es idea mía, sino de Mercedes.

FEL.—¿Quién es Mercedes?

ENRIQUE.—(*Jactancioso.*) ¡Psh! Una chica que se ha enamorado de mí sin poderlo remediar.

FEL.—Es usted atroz.

ENRIQUE.—¿Yo?... No, señora. Ella que tiene un genio... (*Silba.*) un genio... (*Pausa.*)

FEL.—¿Y no ha venido usted nunca a esta casa?

ENRIQUE.—No, señora. Pero ya me ha dicho mi tío que esto es una colmena.

FEL.—¡Una colmena! ¡Cosas de su tío! Así califica a esta grata reunión de amigos que todas las semanas comemos aquí por disposición de Raquel.

ENRIQUE.—¿De?... (*Señalando al retrato.*) ¿Dice usted que de Raquel? Es una abeja muy guapa. Y es lástima que mi prima no sea también otra abejita.

FEL.—Pero ¿qué está usted diciendo?

ENRIQUE.—No lo sé. Siempre que hablo de mujeres me pasa lo mismo... Como allí... Como aquí... ¿Usted me entiende?... Pues eso... no sé lo que digo. (*Pausa.*) Bueno. ¿Y quién es (*Volviendo a señalar al retrato.*) Raquel?

FEL.—Raquel, mi mejor amiga, es ¿cómo se lo diré a usted? La mejor amiga de su tío Juan.

ENRIQUE.—¡Caramba! ¿Conque su mejor amiga?... Ya, ya... (*Pausa.*) ¿Cuál es el nombre de usted?

FEL.—(*Con inocente coquetería.*) ¡Ah! Felisa. Un nombre muy feo.

ENRIQUE.—(*Espontáneo.*) Sí que lo es.

FEL.—(*Riendo.*) ¡Qué ingenuo!

ENRIQUE.—Ingenuo; pero con la suficiente inteligencia para comprender que esto es levítico y que mi tío no puede ser feliz viviendo de esta manera.

FEL.—¿Lo somos alguno de nosotros? La felicidad es propia de la juventud y la inocencia.

ENRIQUE.—Eso no, que usted es muy joven y parece muy desgraciada.

FEL.—¡Bah! (*Levantándose.*) Lo necesario para saber que lo soy. (*Pau-*

sa. Felisa pasea por el despacho. Enrique la contempla atentamente. Volviendo súbitamente.) ¿Comerá usted con nosotros?

ENRIQUE.—¿Qué?... ¿Que sí?... Tendré esa debilidad.

FEL.—(*Con cierto apasionamiento.*) Entonces prometame usted que se sentará a mi lado.

ENRIQUE.—Tendré esa debilidad también.

FEL.—(*Después de una pausa durante la cual no deja de examinar a Enrique.*) ¿Me permite usted que le llame Quiquín?

ENRIQUE.—¿Quiquín?... Es gracioso... ¡Quiquín!

FEL.—Es el diminutivo íntimo y cariñoso de Enrique.

ENRIQUE.—(*Risueño.*) ¡El diminutivo!... ¡Ja, ja!... ¡Cómo se va a reir Mercedes cuando se lo diga!

FEL.—¿Eh? ¿Es que va usted a contar a Mercedes todo lo que hablemos?

ENRIQUE.—¡Claro que sí!

FEL.—¿Y no tendrá celos?

ENRIQUE.—¡Caramba! Pues es verdad. Pero en el Seminario sí que lo digo...

FEL.—¿En el Seminario? ¿Y si lo encierran en el calabozo?

ENRIQUE.—También es verdad.

FEL.—Los caballeros no cuentan nunca lo que les sucede con una señorita.

ENRIQUE.—Sí, señora; digo, no, señora.

FEL.—(*Después de una pausa.*) ¡Ay, Quiquín!

ENRIQUE.—(*Riendo locamente.*) ¡Otra vez!... ¡Quiquín!

FEL.—¿Me promete usted que será mi amigo?

ENRIQUE.—¡Amiguísimo!

FEL.—Vamos al comedor. (*Ofreciéndole el brazo, que Enrique coge.*)

ENRIQUE.—(*Señalando al retrato de Raquel.*) ¿Estará?

FEL.—Creo que no.

ENRIQUE.—¿No vive en la casa?

FEL.—No.

ENRIQUE.—(*Caminando del brazo de Felisa.*) ¿No?... ¿Estamos solos entonces?... ¿Solos? ...Oiga... Dígame Quiquín. (*Mutis izquierda.*)

(*Casi coincidiendo con la salida de Felisa y Enrique, entran Raquel, Emilio y un Criado.*)

CRIADO.—El señorito está en el comedor con la señorita Felisa y un caballero...

RAQ.—Bien. No le digas nada.

CRIADO.—Como usted ordene, señorita Raquel. (*Sale derecha.*)

EMILIO.—Esto es horrible, Raquel. Quererte como te quiero y resignarme, es superior a mis fuerzas y a mi paciencia.

RAQ.—Tenla, Emilio. Necesito a Juan. El me lanzará. Y una vez libre... ¿quién nos sujetará? Mi carrera y mi porvenir exigen este sacrificio. Ya sabes que detrás de tu resignación está mi cariño firme y seguro.

EMILIO.—Yo no sé mentir. Cuando hace un rato vine a decirle lo de esa muchacha víctima de nuestro delito y cómplice inocente de nuestra falta, no sé lo que hubiera dado antes de venir a verlo. (*Pausa.*)

RAQ.—¿Crees acaso que él me quiere a mí? No. Yo soy para él algo asociado a su vida en cuanto tiene de mala... No me quiere a mí. Sigue queriendo a su mujer, a la verdadera compañera de su vida. A mí, no. Su desafío con Millán fué porque éste se permitió compararme a mí con ella...

Yo fuí el pretexto. ¿Recuerdas el disgusto que tuvimos cuando aquella modista vino preguntando por su señora, refiriéndose a mí?... No debemos tener remordimientos, Emilio... Yo soy para él un accidente, la otra es la que sigue siendo lo fundamental de su vida. Y a mí podrá pedirme todo, pero amor no, no puede. Lo comprende y se contenta con mi gratitud. (*Por la derecha Juan, que oye estas últimas palabras.*)

EMILIO.—(*Al verlo. Con turbación y volubilidad.*) Me he arrepentido. No voy a la oficina. Me encontré a Raquel y me dije que lo mismo era hoy que mañana. ¿Vino mi romántica?

JUAN.—No... no ha venido nadie... A esta casa viene poca gente ya. Estoy en edad de ir quedándome completamente solo. (*Pausa.*) Id al comedor. Allí están Felisa y mi sobrino. Luego iré yo. (*Cortando la súplica de Raquel y Emilio.*) Tengo que ordenar unas notas para el periódico.

RAQ.—Como desees.

EMILIO.—(*En el mutis.*) Yo creo que nos ha oído. (*Salen izquierda.*)

JUAN.—(*Viéndolos marchar.*) ¡Su gratitud!... ¡Nada más que su gratitud! (*Queda pensativo.*)

CRIADO.—Ahí hay una señorita que pregunta por usted. No recuerdo haberla visto nunca...

JUAN.—(La de Emilio.) Dile... Dile... Bueno... Que pase... (*Vase Criado.*) Conoceremos a esa desgraciada. (*Vase el Criado. Hay una pausa.*) ¡Su gratitud!...

MERC.—(*Por la derecha.*) ¿Se puede?

JUAN.—Adelante, señorita. (*Entra Mercedes.*) La esperábamos a usted.

MERC.—¿A mí?

JUAN.—Ya me habían dicho que vendría usted preguntando por mí. Pero siéntese. Deseche ese temor que manifiesta. Esta es mi casa y yo soy un caballero. (*Pausa.*) No me habían engañado al decirme que era usted bonita... Pero lo que no veo es que sea usted rubia.

MERC.—No, señor. Tengo esa desgracia.

JUAN.—Desgracia nunca. Antes al contrario. Es que me habían dicho que lo era usted. (*Examinándola.*) ¿Sabe usted que es muy guapa?

MERC.—Sí, señor. Me lo decían las monjas.

JUAN.—¡Caray! ¡Conque las monjas!

MERC.—Sí, señor. Pero también me decían que no fuera vanidosa, porque la vanidad es un pecado muy grande...

JUAN.—Hay otros más grandes que la vanidad. (*Pausa. Examinándola.*) El candor y la inocencia de tu cara me inspiran una extraordinaria simpatía y yo te daría un consejo si tú no te disgustaras.

MERC.—No, señor. No me disgusto. No sabe usted lo que me agrada oirle. Y si es un consejo, nadie más autorizado que usted.

JUAN.—Gracias, niña. Me has llamado viejo. Eso demuestra que eres buena todavía, porque eres sincera.

MERC.—Sí, señor...

JUAN.—Pero no te impacientes. Ese está ahí.

MERC.—¿Sí? ¿Ha venido ya?

JUAN.—Pero me encargó que te entretuviese. Me dijo que te recibiera yo.

MERC.—¿Y no le dijo a usted nada más?

JUAN.—No.

MERC.—Habrá tenido miedo. ¡Como él es así!... Y eso que yo le dije que no tuviera cuidado.

JUAN.—No hacía falta. El sabe bien lo que hace. ¿Y tú? ¿Sabes dónde y a qué has venido?

MERC.—Sí, señor. ¿No lo he de saber?

JUAN.—No, hija mía. No lo sabes; si lo supieras, no estarías un momento más en esta casa. Huirías de aquí.

MERC.—¿Me echa usted de ella?

JUAN.—¡Echarte!... No... Es una advertencia casi paternal. No escuches al envilecido que aquí te trajo. Lo hizo para que fueras su cómplice, para que me engañes. Vienes, sin saberlo, de figuranta de una comedia infame, de una comedia urdida contra mí, contra mi honra, si es que yo pude

poner alguna vez mi honra a los pies de una ambiciosa sin corazón... Vienes engañada... Sigue mi consejo. Vete. Y si la necesidad te ha traído aquí yo te socorreré, yo te auxiliaré; pero que esos ojos no pierdan el brillo que ostentan, ni esa frente tenga que abatirse. (*Mercedes rompe a llorar.*) Ni esos labios que pintarse con el carmín de... (*Acariciándola.*) ¿Lloras? Pobrecita niña.

MERC.—(*Entre sollozos.*) Bien decía mi abuela que yo no debía venir a esta casa.

JUAN.—¿Tu abuela? ¿Y qué tiene que ver tu abuela con esto? ¿Me conoce?

MERC.—Bien me lo decía mamá Virtudes...

JUAN.—¿Qué?... Ma... ma... ¿Qué dices? No... No es posible.

MERC.—(*De rodillas.*) ¡Padre!

(*Hay una pausa imponente.*)

JUAN.—Levanta... Levanta. (*Cae en el sillón.*)

MERC.—(*Acariciándole.*) Leí su carta pidiendo mi retrato. Quise que me tuviera usted a mí.

JUAN.—Tenía razón mamá Virtudes. Te has expuesto a ser tomada por otra.

MERC.—No me importaba, con tal de verle, con tal de verte, papá.

JUAN.—Y yo que suponía... Pero deja que te mire... ¡Mi hija!... Eres mi hija... Quítate el sombrero... Así... Que te vea bien... ¡Qué esbelta eres!... Y que guapa... Eres muy guapa...

MERC.—No sé... Pero le parezco mucho a mi madre.

JUAN.—Sí... Le pareces.

MERC.—Y a ti también dicen que te parezco en los ojos. (*Pausa.*) ¿Sabes que quiero casarme?

JUAN.—Algo me dijo tu primo. Pero me pareció muy prematuro.

MERC.—Pues a mí no me lo parece. Quiero casarme y deseo que hables con mi madre del asunto y que os pongáis de acuerdo.

JUAN.—¡Con tu madre!... Eso no es posible...

MERC.—¿Tanto la odias?

JUAN.—No pretendas saber cosas que no puedes conocer. Ella sí me aborrecerá, me odiará, me despreciará.

MERC.—(*Emocionada.*) Mi madre no te aborrece. Lee. (*Le entrega la carta de su madre.*)

JUAN.—"Juan, necesito tu consejo para evitar que sea tan desgraciada como su madre." (*Va a besarla y se detiene. Con melancolía.*) Ya es tarde.

MERC.—¿Por qué?... Por mí..., hazlo por mí... Ve a verla... Hazlo por tu hija...

JUAN.—He dicho que es tarde...

MERC.—Pues si no quieres vivir con mi madre, vivirás conmigo. Me trasladaré a esta casa. Cumpliré con mi deber de hija, al lado de un padre que no cumplió con el suyo...

JUAN.—¿Sabes lo que dices?... Aquí no podrías vivir.

MERC.—¡Padre!...

(*Por la izquierda Raquel, que se detiene al verlos abrazados.*)

RAQ.—(*Con sequedad.*) Puede usted continuar, caballero.

MERC.—(*Extrañada y vergonzosa.*) ¡Una mujer aquí!...

JUAN.—Déjanos solos, Mercedes. (*La acompaña hacia la derecha.*)

MERC.—Padre... (*Mutis.*)

RAQ.—No esperes de mí ni un grito. Pero humillarme de esta forma es una infamia... Hacerme actriz de esta escena... no sé cómo calificarlo. (*Con violencia disimulada.*) Porque no me negarás que esto es una indignidad... ¡Y a tu edad!... Ja, ja, ja.

JUAN.—Ya lo has dicho. Esto es una cosa risible, tanto como que yo me pusiera a pedirte cuentas de tu conducta. (*Pausa.*) Pero no hablemos de esto. A mi edad, a esta triste edad de la vejez naciente, se perdonan todos los delitos cuando son ajenos, pero nunca los que nosotros cometemos...

RAQ.—(*Con pasión.*) Me perdonas porque no me quieres, porque no me has querido nunca. (*Pausa.*) Respecto a lo demás, te juro...

JUAN.—No jures nada. Aquí no hay tragedia. Lo nuestro ha sido amor que viene y amor que va..., olas del mar de la vida que llegan, gimen y desaparecen.

RAQ.—Me hielan tus palabras. En vano espero de ti algo que me de-

muestre el calor de un afecto que nunca me has tenido, nunca. Y tú debes pensar en que lo que yo he podido hacer ha sido obra tuya; de tu desdén, de tu indiferencia, de tu afán de mantener entre nosotros la distancia humillante que siempre nos ha separado...

JUAN.—Basta, Raquel; no busquemos explicaciones a lo que ya no la tiene... Esa mujer es mi hija, mi hija, Raquel. Y al verla aquí habrás comprendido lo que no debo decirte.

RAQ.—Comprendo que entre nosotros todo ha terminado... Buscaré un pretexto para que los amigos me acompañen. Nos iremos todos... Yo, para siempre. Nada te pido para el porvenir más que un recuerdo amistoso...

JUAN.—Adiós... Adiós, Raquel...

RAQ.—Adiós. *(Sale sollozando segundo término derecha.)*

JUAN.—*(Emocionado.)* Dormíamos y soñábamos. Y el despertar viene con este dulce sol de otoño. Ahora, ella y yo..., hija y padre, para luchar contra el mundo, contra todos, hasta contra mi corazón. *(Llorando.)* Mercedes.

(Por la derecha, Emilio.)

EMILIO.—Adiós, Juan... Tú has sido para mí como un padre... Te he pagado como un villano. ¿Me perdonas?

JUAN.—*(Dándole la mano.)* Adiós, Emilio... Adiós...

EMILIO.—*(Emocionado.)* Antes creía que sólo eras superior a nosotros por el talento; ahora veo que lo eres más por el corazón. Raquel—y perdona que olvide que esa mujer ha muerto y desaparecido para nosotros—, Raquel no volverá a verte, ni a mí tampoco. Esto lo digo para satisfacción, no de tus celos, sino de mi conciencia. *(Mutis.)*

(Llega Enrique.)

ENRIQUE.—*(Desde lejos.)* Pero ¿no viene usted?

JUAN.—Ahora iba. Pero me entretuve con Mercedes.

ENRIQUE.—¿Con Mercedes?... ¿Está aquí?... ¡Qué vergüenza si Mercedes se ha enterado de lo que ocurre en esta colmena!... ¡Qué vergüenza!

JUAN.—Así aprenderé a modificar mis costumbres para que Mercedes no se avergüence de su padre. *(Yendo hacia la izquierda.)* ¡Mercedes!

(Sale la aludida.)

ENRIQUE.—¿A qué has venido? Has sido una loca.

MERC.—¿A qué he venido?... A salvar a mi padre.

JUAN.—Ya puedo respirar... ¡Hijos míos!... Comeremos juntos. Será la primera vez que lo haga en familia... Que la paz del hogar santo y honrado sea con nosotros...

MERC.—Sí; pero falta mi madre para que lo sea esta casa; mi madre cuyo retrato debía estar en esta mesa. *(Rompe el de Raquel que hay en ella.)*

JUAN.—¿Qué has hecho?

MERC.—Hacer que desaparezca el mal recuerdo del amor malo...

ENRIQUE.—Amén..

(Telón.)

ACTO TERCERO

La misma decoración del primero

MERC.—(*Manifestando impaciencia.*) ¡Cuánto tardan! (*Por la derecha, Elena. Refiriéndose a la indumentaria de su madre.*) ¿No te vistes? ¿Vas a recibirlo así, con ese traje tan serio?

ELENA.—¡Quién se preocupa de esas pequeñeces! Lo de mamá Virtudes es lo que me preocupa, lo que me inquieta.

MERC.—Ya verás lo que tarda en tranquilizarse. Conozco a mamá Virtudes. Y sé que es buena; pero le agrada, como a los niños, enfadarse por cualquier cosa, para que luego su alegría sea más ruidosa. Y a propósito de papá, ¿sabes que no es tan feo como decía mamá Virtudes? Lo que sí estaba era muy triste. (*Con picardía y misterio.*) Y muy enamorado de ti. Te quiere mucho. Es su obligación. (*Pausa.*) Es necesario que le hables sin acritud, no vaya a suponer que le desprecias porque está arruinado.

ELENA.—¡Arruinado!

MERC.—Sí. Pero sobrelleva su pobreza con resignación y dignidad. Cuando fuí a verle estaba enfermo, sin que nadie lo atendiera. (*Elena manifiesta una dolorosa emoción.*) Y el pobre... Pero ¿para qué afligirte?... Las cosas no tienen remedio.

ELENA.—¡Qué niña soy!... (*Levantándose.*) Oye, Mercedes. No me dejes sola con él.

MERC.—Te lo prometo. Es lo que también ha exigido mi padre. Con esa condición se ha decidido a venir. Hemos tenido que rogar Enrique y yo más de una semana para conseguirlo. Ahora vendrá con él. Vámonos de aquí, que ya avisará mi primo. Hay que presumir un poquito. Y deja que te vista como yo quiera. (*Caminan hacia la derecha. Por la izquierda, Pantaleón.*)

PANT.—Buenas tardes...

ELENA.—¿Desea usted algo?

PANT.—Vengo llamado por doña Virtudes. (*Toca el timbre. Al criado, que llega.*) Dígale a la señora que espero sus órdenes. Quiero rendirle cuentas dl los bienes de Merceditas.

MERC.—¡Qué afán de hablar de cosas sin importancia!

PANT.—Para usted, pero no para nosotros.

ELENA.—Tiene razón Pantaleón. Estos asuntos requieren gran minuciosidad. (*Mutis segundo término derecha. Pantaleón se pone a arreglar unos papeles. Derecha primer término, doña Virtudes.*)

VIRT.—Supondrá usted para lo que le he llamado.

PANT.—Sí, señora. Y a prevención traigo todos los documentos relacionados con los bienes de la niña. Pero creo que disponemos de poco tiempo, porque he visto llegar ahora mismo al Padre Miguel. Si quiere usted, dejaremos la conferencia para más tarde.

VIRT.—Sí, Pantaleón. Perdóneme usted.

PANT.—(*Recogiendo los papeles.*) Como ordene usted, señora. (*Vase hacia el fondo.*)

VIRT.—(*Marchando hacia la izquierda. En la puerta.*) ¿Por qué no avisó? Adelante, Padre Miguel.

(*Entra el aludido.*)

P. MIG.—Que Dios la guarde, señora. Culpe a mis achaques y ocupaciones de que no haya venido antes. Permita que me siente. Estoy muy enfermo del mal de la vejez, que no tiene cura. (*Se sienta. No muy lejos de él lo hace doña Virtudes.*) Según decía usted en su carta, quería consultarme un delicado asunto de familia. Hágalo, que mis años suplirán quizás mi falta de sabiduría.

VIRT.—En principio conoce usted la cuestión: se trata del marido de mi hija Elena, de su niña y de mi nieto.

P. MIG.—De Enrique. Piadoso muchacho, lleno de virtud.

VIRT.—Y también de un mucho de hipocresía. Resulta que aquella unción evangélica de que hacía gala, era un medio de que se valía para engañarnos, puesto que sostenía relaciones con su prima y nieta mía Mercedes. En el mayor misterio urdieron su matrimonio. Y para tratar de él viene hoy a esta casa el réprobo, el condenado, el esposo que en hora mala eligió mi pobre e inexperta hija.

P. MIG.—Yo fuí quien los casó. ¡Bella pareja, merecedora de mayor ventura! Pero acatemos los designios del Altísimo, designios milagrosos llenan de fe el alma del creyente.

VIRT.—¡Designios milagrosos, Padre Miguel!

P. MIG.—Designios milagrosos, doña Virtudes. Que no son los milagros cosa que se pierda en el pasado, sino cosa que se perpetúa en nuestros días. Vea usted, si no, los que cotidianamente realiza la Providencia al hacer que los pobres se resignen, que los desgraciados sufran en silencio, que los tristes lloren y que los que lloran no se ahoguen en el mar de sus dolores... Y milagro será también esa boda, que, por lo pronto, evitará que Enrique sea un mal sacerdote.

VIRT.—Según eso, ¿no debo oponerme a ella?

P. MIG.—Ni a la boda, ni al regreso del esposo ausente al lado de la esposa, si es que de aquélla sale la reconciliación de los que en hora mala se separaron.

VIRT.—¿Y habré de consentirla sin que medie el previo arrepentimiento del malo?

P. MIG.—¿Quén es el malo?

VIRT.—El marido de mi hija.

P. MIG.—Admitamos que lo sea; pero no debe usted convertir esa maldad en desesperación, con gritos, reproches y anatemas, doña Virtudes; que los malos, los que nosotros llamamos así, no son más que seres débiles, que necesitan, como los niños, ser llevados con dulzura para que no caigan al dar los primeros pasos...

VIRT.—Sus consejos, Padre Miguel, no me sirven. Usted sólo me dice que me resigne.

P. MIG.—(*Levantándose.*) La verdad no es más que una, y para llegar a ella sólo conozco un camino: el bien. Y supremo, infinito bien, es la transigencia, es la resignación, doña Virtudes. Perdone que me retire. Tengo mucho que hacer, y las horas cada vez son más breves para mí. Ya ve usted. Voy a visitar a un hombre que se halla muy enfermo. Ya que no puedo llevarle el auxilio material, de que carece, le llevaré el del espíritu, más precioso para él, puesto que es un incrédulo. Y es una obra de misericordia dar el agua de la fe al sediento de ella. (*Camina hacia el fondo. Doña Virtudes lo acompaña.*) No se moleste, señora.

VIRT.—No es molestia, Padre Miguel.

P. MIG.—(*Caminando.*) Lo que usted desee, señora. Pero no deje de meditar acerca de lo que le he dicho. (*Mutis por el fondo. Por la izquierda, Enrique, precediendo a Juan, que se supone no quiere entrar.*)

ENRIQUE.—Entre usted. Parece mentira.

(*Entra el aludido.*)

JUAN.—Mira, Enrique, lo mejor es que me vaya. (*Quiere irse y Enrique lo sujeta.*)

ENRIQUE.—No comprendo sus escrúpulos. La cosa es muy sencilla: avisamos, salen, hablan ustedes, y en paz. Luego, cada uno por su lado. No deje usted de insistir en lo de mi boda. Yo quiero casarme con Merceditas. Y no deje usted de decir que yo me muero si no me caso con ella.

JUAN.—Ya me lo has dicho mil veces.

ENRIQUE.—Y se lo diré otras tantas. No vayan a creer que es una broma.

JUAN.—¿Una broma?

ENRIQUE.—Sí, señor. Porque Mercedes es muy festiva.

JUAN.—No te comprendo. Pero se me olvidaba. Anoche llevaron a casa esta carta para ti. (*Le entrega una. Enrique, después de leerla, deja caer sus brazos, lleno de abatimiento.*) ¿Qué te sucede?

ENRIQUE.—(*Devolviéndole la carta.*) Lea usted.

JUAN.—(*Leyendo.*) "¿Por qué me ha despreciado? Lo llamaba a usted una moribunda. Cuando quiera verme, ya será tarde. No le pido lágrimas, pero sí que rece por mi pobre alma. Adiós, Enrique Mi corazón me dice que será usted muy feliz. Séalo usted más que la desgraciada Felisa." ¡Pobre muchacha! (*Hablando a su sobrino, que se halla meditabundo.*) Es el primer golpe. La primera novela del estudiante. La Dama de las Camelias, purificada por la muerte santa. Cuando llegues a viejo, esto, con otras cosas, será la poesía de tu juventud; poesía que si no fuera dolorosa no sería poesía.

ENRIQUE.—¡Pobre Felisa!

JUAN.—Mira. Lo mejor será que nos retiremos. No estamos lo tranquilos que deberíamos para hablar de nada.

ENRIQUE.—Permanezcamos, tío Juan. Usted lo ha dicho. Esto es la poesía que pasa por la vida y dura un segundo. Ahora es cuando debemos hablar de lo de mi boda. Voy a decir que hemos venido. (*Caminando hacia la izquierda.*) ¡Pobre Felisa! ¡Tan rubia, tan blanca, tan buena! (*Mutis.*)

JUAN.—(*Queriendo irse. Deteniéndose.*) Parecería cobardía. Y eso es, después de todo. (*Pausa.*) ¡Qué sensación de paz tan dulce y grata!

(*Por el fondo, doña Virtudes. Al verla Juan, clava su vista en el suelo. Ella avanza majestuosa.*)

VIRT.—(*Caminando con majestuoso desdén.*) ¡Ah!

JUAN.—Señora.

VIRT.—(*Después de contemplarle de hito en hito.*) ¿Viene usted a disfrutar contemplando su obra?

JUAN.—(*Va a replicar, y se arrepiente.*) Lo que usted quiera, señora.

VIRT.—¿Es que no me hace usted caso?

JUAN.—Demasiado. Tanto, que usted me sirve para que no olvide. (*Sosegándose.*) Mas perdóneme, señora. Tiene usted razón para aborrecerme y despreciarme. Hable usted. La escucharé, si no con reverencia, con respeto.

VIRT.—(*Después de una larga pausa.*) Me parece que no es usted el mismo.

JUAN.—Los años modifican mucho. Ya ve usted. Antes la odiaba con todo mi corazón; hoy, no es que la venere, pero comprendo que usted que-

ría nuestro bien, aunque para ello se valía de la violencia. Cuestión de procedimiento. Y como era tanto el dolor como el beneficio, éste se olvidaba, mientras aquél persistía.

VIRT.—No sabía yo que los... los hombres como usted fueran razonables.

JUAN.—Ya lo ve usted. Hay de todo.

VIRT.—(*Después de una pausa.*) ¿Sabe Elena que está usted aquí?

JUAN.—Ha ido Enrique a prevenirla. Pero le agradecería que no quisiera recibirme.

VIRT.—Y haría muy bien; sí, señor, muy bien.

JUAN.—Le he dicho que se lo agradecería.

VIRT.—Beso a usted la mano. (*Camina hacia la izquierda.*)

JUAN.—A los pies de usted.

VIRT.—(*Volviendo súbitamente.*) Caballero. Una pregunta. ¿Qué intenciones son las de usted?

JUAN.—Hablar con Elena, si es que desciende a escucharme, y volver a mi soledad de siempre.

VIRT.—¿A la del vicio?

JUAN.—A la de la expiación, señora; no es lo mismo.

VIRT.—¡A la de la expiación! Que para usted no debe haber otra cosa en este mundo. Vea usted lo que ha conseguido: hacer desgraciada a una familia, sembrando la discordia en ella, y ofrecer a Mercedes el triste ejemplo de la desavenencia de sus padres.

JUAN.—De ésta, más vale no hablar...

VIRT.—¿Por qué? De esto es de lo único que usted debe hablar en esta casa.

JUAN.—Señora...

VIRT.—Si no conmigo, con la que un día fué su verdadera mujer...

JUAN.—¡Pobre Elena! Aun lo sería si no hubiera sido por la fatalidad, que nos separó. Y convenga usted, señora, en que no está muy lejos de esa fatalidad.

VIRT.—Creo que empieza usted a ofenderme...

JUAN.—Perdóneme. No fué ésa mi intención.

VIRT.—Creo también que consecuencia de su conducta ha sido la de Mercedes, que, sin contar con el beneplácito de ninguno de nosotros, urdió ese matrimonio que aquí le trae a usted hoy. Es muy natural que a la contumacia y rebeldía de los padres, sigan la rebeldía y la contumacia de los hijos.

JUAN.—En lo referente a Mercedes, la cuestión es distinta. Estaremos todos velando por su felicidad. Y perdone usted que al hablar de ella asocie mis afectos a los de ustedes. Pero creo que todos tenemos el deber de sacrificarnos por ella.

VIRT.—Nosotras no lo olvidamos nunca.

JUAN.—Yo, sí... Confieso que lo olvidé. Ignoraba que la paternidad, el derecho a la paternidad, lo dan solamente el corazón y el sacrificio por los hijos. Ignoraba también que en esta vida abominable y absurda debe ser la vejez la que auxilie a la juventud... Yo les suplico, señora, que me permitan intervenir, aunque sea desde lejos, en la vida de Mercedes. Que con la triste experiencia de la desgracia haré yo más por su felicidad que ustedes.

(*Por la derecha, Elena, Mercedes y Enrique.*)

MERC.—(*Corriendo hacia su padre.*) Papá.

(*La situación de los personajes es la siguiente: Enrique y Mercedes rodean a Juan. Frente a ellos, Elena y doña Virtudes.*)

VIRT.—(*A Elena.*) Aquí tienes a tu marido, a tu legítimo esposo. (*Se retira por la derecha.*)

MERC.—(*A Juan.*) He aquí a mi madre.

JUAN.—Señora... Sé que ha sido tan amable..., tan...

MERCEDES.—(*Vivamente, a Enrique.*) Déjanos solos un instante.

(*Este obedece, procurando salir con gran sigilo por la izquierda.*)

JUAN.—Tan complaciente y generosa, que se dignaba consultarme el porvenir de su hija, de nues..., de Mercedes. Vengo a darle a usted las gracias personalmente...

MERC.—¿No os sentáis?... Sí... Nos sentaremos los tres. Así. (*Prepara las sillas, quedando ella en medio de los dos.*)

ELENA.—Me pareció lo más oportuno y lo más correcto. También lo más indicado. (*Con timidez.*) Tú, de todos modos, eres el jefe de la familia.

JUAN.—Muchas gracias. Ele... digo...

ELENA.—Mercedes me dijo que habías estado enfermo. ¿Estás ya mejor?

JUAN.—No tuve nada. Fué la emoción de ver a nues..., a Mercedes tan inesperadamente.

MERC.—Mamá estaba muy inquieta. Temí también que enfermara ella. (*Pausa.*) Una emoción parecida le produjo la carta del tío Pedro diciendo que te marchabas de España. Y entonces fué cuando te escribió la que te llevé.

ELENA.—(*Ruborosa.*) Por Dios...

JUAN.—(*Espontáneo.*) Elena..., estaba muy solo. Y tu carta me hizo mucho bien. Créeme, mucho... Elena..., mucho...

MERC.—Parece que me llaman. (*Levantándose.*) Voy.

ELENA.—(*Suplicante.*) Mercedes.

JUAN.—(*Lo mismo.*) Niña...

MERC.—(*Caminando hacia la izquierda.*) Vuelvo al instante. (*Mutis.*)

JUAN.—(*Después de una pausa prolongada y embarazosa.*) Te decía que tu carta me devolvió algo que yo creía haber perdido para siempre: tu estimación. Muchas gracias, Elena, y créeme que, sean las que fueren las circunstancias futuras de mi vida, yo no olvidaré tan generosa conducta... Hay momentos en aquélla en que el perdón de nuestras víctimas nos es muy necesario. Y tú has sido una víctima de mis locuras.

ELENA.—No... No lo he creído nunca así... Ha sido la fatalidad; quizás un poco de culpa mía y de mi falta de voluntad para resistir... ¡Dios quiera que Mercedes sea más feliz que sus padres!

JUAN.—Y ¿no crees que es algo prematuro su casamiento?

ELENA.—Más de una vez lo he pensado. Y es más. Voy a hablarte con absoluta franqueza. Creo que casándose muy jóvenes es como son los matrimonios muy desgraciados.

JUAN.—Tienes razón. Que quizás lo fuera tanto el nuestro por esas razones de inexperiencia y de juventud. No conocíamos la vida, ni nos conocíamos nosotros mismos. Eramos como Mercedes y Enrique, ¿te acuerdas?...

(*Por la izquierda, la criada, con el té.*)

CRIADA.—La señorita Mercedes me envía con el té. (*Deja el servicio sobre la mesa.*) ¿Quiere usted que lo sirva?

ELENA.—No. Lo serviré yo.

(*La criada se retira.*)

ELENA.—(*Sirviendo el té. Al echar el azúcar.*) Antes te gustaba con dos terrones. ¿Has cambiado de gustos?

JUAN.—No. Y es extraño.

ELENA.—¿El qué?

JUAN.—Que recuerdes esa puerilidad.

ELENA.—Esas cosas se recuerdan siempre. Por lo menos, las mujeres nos acordamos siempre de ellas. Esos pequeños detalles tienen una gran importancia en nuestra vida. Constituyen el mundo de nuestras ilusiones, que son tan insignificantes, que se alimentan de recuerdos cuando no pueden hacerlo con las esperanzas. Pero ¡qué tonta debo parecerte con estos razonamientos de la pobre y resignada lógica femenina! Porque no me negarás que cada sexo tiene la suya.

JUAN.—Sí. Uno, la del despotismo; otro, la de la resignación; uno, la de la fiereza egoísta, y otro, la de la ternura amplia y tolerante... Sigue hablando así, que la lógica adquiere en ti el encantador aspecto de las confidencias. ¿Decías?...

ELENA.—Nada de que no puedas reirte. Cosas inspiradas en la puerilidad de un recuerdo.

JUAN.—No tan pueril, si es que la memoria es el corazón de las mujeres honradas, como he pensado más de una vez. (*Pausa. Como pensando en alta voz.*) ¡La mujer honrada! Ella solo es la paz, porque ella sola es el bien, la ternura, la resignación, la mansedumbre y la íntima alegría del hombre que, herido de muerte, muere en la vida. ¡La mujer honrada!... Pero no me hagas caso. Hablemos de Mercedes.

ELENA.—(*Interrumpiendo.*) ¡Dios quiera que sea más feliz que sus padres!

JUAN.—Sí; lo será. Tendrá la triste experiencia de nuestro ejemplo. Por su dicha velaremos todos, incluso yo, que seguiré sus pasos con esta experta mirada de los padres viejos. Pero ¡qué poco galante debo parecerte con estas alusiones a los años! (*Dolorido.*) Es que me siento muy viejo, tanto, que me parece que todos mis pecados tendrán perdón si me dejan decir a la hora de la muerte: ¡Piedad para el que ha vivido mucho!

ELENA.—(*Emocionada.*) ¡Pobre Juan!

JUAN.—¿Me compadeces? ¿No tienes nada de qué acusarme?

ELENA.—¿Por qué te iba a aborrecer? ¿Para qué engañarte con un rencor que nunca he sentido?

JUAN.—¡Qué buena eres! Y ¡qué ciego he estado para no ver la felicidad teniéndola tan cerca! Esta cordialidad con que me acoges, esta ternura con que me recibes, este misericordioso silencio con que quieres dulcificar todos mis remordimientos, son muy hermosos, Elena, tanto, que abren mi corazón a la esperanza de una noble y pura amistad, que, aunque de lejos, me siga... (*Pausa.*) Yo no sé lo que me sucede; pero hubiera preferido que esta entrevista no la celebrásemos. Porque desde hoy todas mis tristezas tendrán un nombre: nostalgia del bien perdido.

ELENA.—¿Por qué arrepentirnos, Juan? ¡Quién sabe si este momento será el definitivo de nuestra vida!...

JUAN.—¡Ah! Si tú quisieras...

ELENA.—¿Qué?

JUAN.—Nada... Se opondría a lo que iba a decirte todo tu rencor, se opondría también toda mi pobreza.

ELENA.—Hablas de tu pobreza y de mi rencor. (*Con tristeza.*) Veo que todavía no me has conocido.

JUAN.—Sí. Te conozco, alma de santa, alma de mártir, Elena, esposa mía. (*Pausa. Con apasionamiento y fervor.*) Mercedes se va a casar. Tú te quedarás muy sola. Yo, sin el auxilio de la juventud, me quedaré también muy solo; lejos de ti la mujer buena, la mujer fuerte, la mujer fiel. La vida nos vuelve a unir. ¿Seremos tan locos que nos neguemos a obedecer a la Providencia, que, al llamarnos al camino del deber, es para conducirnos por el de este amor, formado con todos nuestros dolores y todas nuestras tristezas?

ELENA.—(*Suplicante.*) Juan...

JUAN.—¿Por qué te turbas, Elena? ¿Acaso despierta en tu corazón el odio?

ELENA.—¿Quién piensa ahora en eso, Juan? Era ésta mi última esperanza. Te esperaba, y sabía que cuando, desengañado y herido te vieras, vendrías a mí. Este sueño de mujer honrada era la fe, toda la fe que yo ponía en Dios y en la vida. Y ella me ha salvado, porque has venido...

JUAN.—Elena...

ELENA.—Sí... Pero necesito respirar. Salgamos a la terraza... (*Como las novias buenas e ingenuas, Elena se halla turbada, ruborosa, propicia a la entrega de su alma, de toda su alma, en el rendimiento pasional de un beso.*)

JUAN.—(*Abrazándola, como si temiera que se desplomara.*) ¿Te sientes mala?... Vamos... (*Caminando hacia el fondo.*) Y en silencio, en este silencio de nuestras almas y en este silencio de nuestros labios, que hablen los recuerdos en mi memoria, que hablen los recuerdos, los buenos recuerdos en tu corazón. (*Mutis. Sigilosamente, por la derecha, Mercedes y Enrique.*)

MERC.—(*Viéndoles desaparecer.*) ¡Bendito seas, Dios mío! ¡Bendito seas!

ENRIQUE.—El milagro se ha realizado. Ahora no queda más que lo nuestro.

MERC.—Es lo más fácil. Les diremos la verdad. Y así tendrá más fuerza su reconciliación.

ENRIQUE.—¿Qué verdad hemos de decirles?

MERC.—El engaño de que nos hemos valido para que ellos vuelvan a unirse.

ENRIQUE.—¿Nada más?

MERC.—¡Qué pregunta!... Nada más.

ENRIQUE.—(*Trágicamente.*) Está bien... Te digo que está muy bien... ¿No me has oído?... Entonces ¿para qué te callas?

MERC.—¡Como lo dices tú todo!

ENRIQUE.—¿Todo?... ¿Has dicho que todo?... Pues todavía no te he dicho nada. ¿No sabes tú que te quiero?

MERC.—¿Sí?

ENRIQUE.—(*Sin abandonar su tono trágico.*) Sí. Me parece que esto no tiene nada de particular. ¿Es que yo no puedo quererte a ti? ¡Vamos a ver!

MERC.—(*Tímida y vergonzosa.*) Sí... Pero..., pero... ¡Es una contrariedad!...

ENRIQUE.—¡Eh!

MERC.—Es que yo quiero a otro...

ENRIQUE.—(*En el paroxismo de su indignación.*) ¿A... a... a otro? ¡A ver! ¡Repite eso, si te atreves! ¡Repítelo!

MERC.—Enrique..., no me hables así, que me da mucho miedo oirte.

ENRIQUE.—¡Miedo!... (*Riendo con desesperación.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Y eso que todavía no me has visto encolerizado!... ¡Miedo!... ¡Ja, ja, ja! Y mi

amor, ¡zas!. pisoteado, ultrajado, vilipendiado, escarnecido. (*Con tono de reproche.*) ¡Mujer!

MERC.—¡Primo!

ENRIQUE.—¡No te conozco!

MERC.—¡Quiquín!

ENRIQUE.—¡Huy!... ¡Quiquín!... No me lo digas más si no me quieres... Te execro.

MERC.—No te compunjas.

ENRIQUE.—Quiero compungirme. Y me mataré muy joven con tal de martirizarte desde el otro mundo. Porque te quiero mucho, pero te aborrezco. (*Los dos, vueltos de espaldas, lloran ruidosamente.*)

MERC.—¿Por qué lloras?

ENRIQUE.—Porque te veo a ti llorar. ¿Y tú?

MERC.—Porque lloras tú.

ENRIQUE.—Entonces me reiré para que tu te rias.

MERC.—No; me reiré yo para que tú te alegres.

ENRIQUE.—Y ¿cómo he de alegrarme si me has dicho que querías a otro?

MERC.—(*Ruborosa.*) Es que me daba mucha verguenza decirte que no quería a nadie y que te quería a ti.

ENRIQUE.—¿A mí?... ¿Has dicho que a mí?... Entonces ya no me mato Dame un abrazo de prima.

MERC.—No... Ya no... Ya no podemos abrazarnos como antes.

ENRIQUE.—¡Qué lástima!

(*Por el fondo, Elena y Juan.*)

JUAN.—(*Aproximándose a Enrique.*) Perdona que no haya tratado de tu matrimonio... Pero vamos a que se arregle. (*A ésta.*) Mercedes.

ENRIQUE.—(*Deteniéndole.*) Ya es tarde...

MERC.—¿Qué? (*Acude al lado de su padre.*)

JUAN.—(*A Enrique.*) ¿Cómo que es tarde?... ¿Y aquella prisa de antes?

MERC.—Ya no la tenemos. Hemos aplazado nuestra boda. ¿Verdad, Enrique?

ELENA.—(*Aproximándose.*) ¿Qué dices, Mercedes?

MERC.—Mejor es que conozcan la verdad. Nuestra boda ha sido un medio de que nos hemos valido para que os reconciliéis.

ELENA.—(*A Enrique.*) ¿Es verdad lo que dice Mercedes?

ENRIQUE.—(*Con abatimiento.*) Sí, tía Elena. Nuestro amor ha sido una comedia, o quién sabe si un drama.

ELENA.—¡Pobre Enrique!

JUAN.—Entonces ¿ha sido todo un engaño?

ENRIQUE—Todo, tío Juan, todo...

(*Tímidamente, por la derecha, doña Virtudes.*)

VIRT.—Estaba sola. Oí vuestra conversación. Quise disfrutar de vuestra alegría... Seguid en ella, que no pretendo ser obstáculo para vuestra felicidad.

JUAN.—Señora...

MERC.—Abuelita.

ELENA.—(*A Juan.*) ¿Quieres que la abandonemos ahora?

JUAN.—(*Después de una pausa.*) Hágase tu voluntad.

VIRT.—Juan, comprendo que usted no querrá vivir con Elena bajo el mismo techo que me cobija. Comprendo también que mis nietos desearán emprender el vuelo hacia otro nido... Id con Dios... Me resignaré a la soledad de los viejecitos... Y sola, como esos viejos cuyos hijos se les fueron yendo, me tendréis cerca de vosotros con el corazón...

JUAN.—(*Emocionado.*) Señora...

ELENA.—Mamá.

MERC.—Abuelita.

VIRT.—(*A Enrique.*) No tienes madre. Pero yo, en nombre de ella, te bendigo a ti y a tu futura esposa.

ENRIQUE.—Abuelita... Mercedes y yo no nos casamos. Todo ha sido un engaño de que Mercedes se ha valido para reconciliar a sus padres.

VIRT.—¿Cómo?

ELENA.—Es verdad..., tan verdad como que nosotros nunca te abandonaremos... ¿No es cierto, Juan?

JUAN.—Sí..., doña..., mamá Virtudes.

ENRIQUE.—¡Huy!... Le dice mamá.

(*Formando animado grupo, hablan entre sí. Aparte, Mercedes y Enrique.*)

ENRIQUE.—¡Qué felices son!... ¿Y yo?... ¿Lo seré sin ti?...

MERC.—¡Qué tonto eres!... Conmigo...

ENRIQUE.—Entonces..., esta noche, en el jardín, en la verja, como los novios. ¿Irás?

MERC.—¡Calla!... No hables tan fuerte.. Iré.

(*Telón.*)

Regalo a nuestros lectores.

LA NOVELA COMICA regala tres billetes kilométricos a los tres lectores que acierten cuáles son los números correspondientes a los tres primeros premios de la Lotería Nacional, cuyo sorteo habrá de verificarse el día 1.º de agosto del corriente año. Si no acertase ninguno, se concederán los regalos a los números más próximos, sean anteriores o posteriores.

Para ello, nuestros lectores deberán poner una cifra—la que deseen—en uno o varios de los casilleros del cupón adjunto, para formar el número que estimen conveniente, y que no podrá ser mayor de 33.000.

El adjunto cupón, con la firma y señas del interesado, será remitido a la Administración de LA NOVELA COMICA—Bárbara de Braganza, 7, Madrid—*en sobre abierto y con el carácter de impresos.*

LA NOVELA COMICA devolverá el cupón con el sello de dicha revista estampado en el reverso. Esta devolución se hará: a los lectores de provincias, *como impresos, en sobre abierto* y, a ser posible, por el primer correo; y a los de Madrid, en propia mano, a los interesados o persona designada por ellos, salvo el caso de que remitan el franqueo para que se les envíe a domicilio.

En el número de LA NOVELA COMICA correspondiente al día 5 de agosto se publicarán los nombres y domicilios de los lectores que hubieran acertado. Caso de empate en uno o más números para los premios, se hará sorteo ante Notario.

LA NOVELA CÓMICA

CUPÓN REGALO DE BILLETES KILOMÉTRICOS

D. .....

calle de ..... *núm.* .....

en ..... *provincia de* .....

..... *a* ..... *de julio de 1917.*

Firma.

En este cupón puede escribirse un número.

Los regalos consistirán en lo siguiente:

Para el que acierte o más se aproxime al primer premio, billete para un recorrido de 3.200 kilómetros, en 1.ª clase, por tres meses, para una o dos personas, o 4.400 kilómetros en 2.ª clase, por cuatro meses, para hasta cuatro personas, u 8.000 kilómetros, en 3.ª clase, por ocho meses, para número ilimitado de personas. El interesado escogerá el billete que más le convenga.

Para el que acierte o más se aproxime al segundo premio, billete para un recorrido de 2.600 kilómetros, en 1.ª clase, por tres meses, para una persona, o 3.200, en 2.ª clase, para dos personas, o 5.000, en 3.ª clase, para número ilimitado de personas.

Para el que acierte o más se aproxime al tercer premio, billete para un recorrido de 2.000 kilómetros, en 1.ª clase, por tres meses, para una persona, o 2.600, en 2.ª clase, por tres meses, para una persona, o 4.400, en 3.ª clase, por cuatro meses, para hasta cuatro personas.

A los que deseen recibir el importe en metálico, se les entregará: por el primer premio, 275 pesetas; por el segundo, 225, y por el tercero, 170.

No serán válidos los cupones: cuando carezcan del sello de la revista, que estampará en el momento de inscribirlos en un libro que llevará al efecto; cuando presenten señales de enmiendas, raspaduras o interlineados, aunque traten de salvarlos por medio de nota; *cuando procedan de provincias y se remitan para su inscripción y sello en carta cerrada;* cuando sean remitidos por correo o entregados a mano con fecha posterior al 25 de julio.

La entrega de premios no se hará más que mediante la presentación de los cupones correspondientes, aunque aparezcan inscritos en el registro de la revista.

Imp. Cándido Alonso y C.ª—Ronda de Atocha, 15.—Teléf.º M 809.

PQ
6613
O57C68

Gonzales Hompanera, José
Cosas que vuelven

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 11 02 13 05 001 8